



ENCUENTROS DE ARTE DE SAJAZARRA

CARLOS ROSALES

El día ha amanecido gris. Los pájaros andaban un poco agitados por el tejado y se les oía desde dentro de la casa. El momento del desayuno ha sido entretenido observando a la garza desde el mirador para ver cómo esperaba pacientemente el instante de pescar algún pez perezoso que no le diera demasiado trabajo. Ha llegado el otoño.

Parece que hubiera pasado más tiempo desde que acabaron los Encuentros de Arte de Sajazarra pero en realidad solo han sido unos meses. Yo, ahora y desde aquí, desde Briñas, trato de contar para CODAL cómo fueron, cómo son estos encuentros. No resulta fácil porque para mí son algo demasiado próximo, demasiado cercano, y que con frecuencia se dilatan en la percepción de mi propio tiempo, pero creo que estas son algunas de sus claves: los encuentros siempre han tenido la vocación de ser una experiencia muy próxima y duradera, y desde sus primeras ediciones hemos intentado hacerlos trascender más allá del transcurso de sus propios ciclos. Lo que quiero decir es que cada año tratamos de conseguir que resulte algo cercano no solo para quienes los llevamos a cabo, sino para todas las personas que se acercan a Sajazarra durante los días que duran estos encuentros. En cada edición buscamos que la relación que se genera entre Sajazarra, el artista que interviene y el espectador sea sólida y persistente. Nos importa que cada una de las personas que forman parte de los momentos que allí se viven, ya sean de Sajazarra o no, se unan a nosotros en esa posición más cómoda que es la de espectador y que consideramos igualmente cercana a los encuentros, que se sientan participando de una experiencia común junto al artista. En definitiva, lo que realmente importa, lo que procuramos, es que todos nos sintamos satisfechos de haber propiciado las circunstancias que, una vez sumadas, generen un proyecto que pretende, continuamente, ser compartido.



De hecho, en Sajazarra siempre nos ha preocupado reducir las distancias, acercar el arte contemporáneo a ese espectador que está acostumbrado a ver las obras en un contexto a veces un poco aséptico, un poco frío y un poco lejano en ocasiones. Para el público, ese contexto suele ser habitualmente un museo o una galería. En ese tipo de espacios el arte que se crea en la actualidad se disfruta con frecuencia de una forma muy gratificante pero, en muchos casos, sin ningún tipo de pistas del autor que nos ayuden a desvelar las claves que nos permitirían entenderlo mucho mejor. Estas circunstancias, creo, han provocado muchas veces que el espectador actual se sienta lejos del arte que, por el momento en el que vive, le corresponde: el arte de su tiempo. El arte contemporáneo, experimentado de esta forma, ha sido disfrutado demasiadas veces solo por los que forman parte de un círculo de iniciados. El espectador contemporáneo se ha sentido lejos del arte actual, incluso, a veces, lo ha abandonado al no sentirse implicado en lo que está viendo.

En Sajazarra, y desde hace veinte años, nos hemos comprometido a dar esas pistas, a aproximar y a aportar calor a la obra a través del modo que utilizamos en el momento de generarla y también a la hora de exponerla. Hemos tratado de favorecer un clima de certidumbres y confianzas que ayuden a que el artista se sienta cómodo en él, intentando siempre que el espectador se encuentre lo más cerca posible de todo lo que se construye cada año.

De la misma forma, nuestro esfuerzo está orientado a conseguir que el artista tenga un contacto directo con el espectador. Que la relación que se genere aquí en Sajazarra sea de una complicidad mutua porque creemos que en otras circunstancias resulta complicado propiciarla. Son necesarias convocatorias en las que se faciliten estas relaciones. Convocatorias como la nuestra.

Creo que hay un espacio normalmente inaccesible para el público pero en el que se entendería sin dudas la forma de hacer, la filosofía, la sensibilidad, el carácter de un artista; me refiero a su estudio. Se ha hablado muchas veces de ese lugar como si se tratase de una caverna mágica donde la obra se engendra y aparece sin que el espectador habitual tenga información de cómo ha ocurrido, qué la ha provocado o cómo se ha fraguado. Más allá de lo que ocurre en el estudio, en algún lugar y en otro momento esa obra aparece en una exposición ante el espectador, un espectador que no tiene otra posibilidad que la de inter-



José Manuel Ballester haciendo una foto en los Encuentros de Arte de 2007.



pretarla sin ningún tipo de complicidad con el artista —quizás deba ser así—, pero el estudio es también un escenario que, a veces, se abre y se desvela a los íntimos, a esos que cuentan con la confianza del autor y a los que se les permite observar, si las condiciones son las oportunas, todo el proceso sin que el creador se sienta invadido. En definitiva, sin que se debilite el impulso creativo.

Ese momento y esa confianza quizá sean lo más emocionante que se puede compartir con un artista y con su obra.

Cuando esa obra abandona definitivamente el estudio, evidentemente, no se hace mejor ni peor, pero pierde parte del aroma con el que está impregnada en ese espacio, pierde muchos de los matices que la explicarían de una forma muy natural. Insisto en que quizá deba ser así y no se deban desvelar ni compartir las circunstancias de la creación, puede incluso que sea un error provocarlo pero, para nosotros, durante estos años, ha sido una satisfacción y un privilegio intentar crear las condiciones que permitan generar esa complicidad en el artista. En cada edición hemos tratado de seducirle para conseguir que traslade durante unos días su universo creativo y sus afectos a un pequeño pueblo de La Rioja. Cada año hemos invitado a un artista para que, de alguna manera, reubique su estudio en los espacios de Sajazarra. Aspiramos a que le resulten atractivos y trabaje en ellos durante una parte del mes de agosto. En este ambiente, el espectador puede ver el proceso de su trabajo, estar presente en ese momento de intimidad, de concentración en el que se genera la obra, en ese instante en el que probablemente la intensidad creativa sea mayor que en ningún otro. Se puede ver entonces cómo se produce ese ensimismamiento artístico, cuándo acierta el artista, qué decisiones toma y cómo da forma a su obra. En este contexto, la realidad del proceso ha ido mucho más allá en no pocas ocasiones porque, en Sajazarra, el espectador ha podido ayudar al artista en su trabajo y formar parte de un privilegiado equipo que aquí se pone generosamente a su lado. Con estas condiciones, lógicamente, el espectador asume perfectamente la autenticidad de la creación y las distancias se reducen de manera inmediata. Tanto, que a veces el espectador ha franqueado el límite y ha pasado a formar parte de la obra a la vez que la contempla. Espectador, colaborador y parte de la obra a un mismo tiempo.



Darío Urzay trabajando en su obra *Vértice del observador* en la edición de 2006.



El reto propuesto cada año al artista invitado nos parece seductor. Salir de su espacio natural, de su taller, para afrontar la elaboración de la obra en un lugar en el que trabajará ayudado por un público que se convertirá, quizá, en parte de su trabajo y, además, tratando de convertir este lugar en el soporte que sustente su propia obra. Las obras que se realizan de esta manera en Sajazarra difícilmente verían la luz en un estudio debido a que en las condiciones habituales se hacen bastante más improbables. Aquí, los materiales artísticos dejan de ser los tradicionales del mundo del arte. En los Encuentros de Arte de Sajazarra los elementos con los que cuenta cualquier artista son las calles, el río, las personas, el paisaje, el clima, el bosque, los caminos, la luz, la memoria... y todas las esencias que configuran un pueblo que tiene la determinación de ser arte desde hace siglos. Cualquier espacio necesita de esa energía que somos los humanos —los artistas— para convertirse en arte y Sajazarra hace mucho tiempo que ha sabido llamar la atención del artista —y no me refiero a estos últimos veinte años— para ser lo que es: un pueblo con una vocación artística conservada intacta con cuidado y mimo durante generaciones. No hay más que darse un paseo por él para comprobarlo.

En un espacio así, y desde que yo he tenido el privilegio de actuar como comisario de los encuentros, han trabajado y han realizado su obra artistas como Dora Salazar, Manuel Saiz, Juan Pérez Agirregoikoa, Gabriela Kraviez, Mitsuo Miura, Pamen Pereira, Chema Madoz, José Luis Santalla, Carmelo Argáiz, Nati Bermejo, Perejaume, Sebastián Fabra, Darío Urzay, José Manuel Ballester, Félix Reyes o Mateo Maté, que es el artista que ha participado en la última edición. Evidentemente, ellos y yo mismo formamos parte de algo que estaba perfectamente cimentado y que reconstruimos a nuestro modo en cada edición. Recogí el relevo de María García, iniciadora de una estupenda trayectoria de comisariado de la que estoy orgulloso de haber formado parte como artista cuando se me invitó a participar en los encuentros.

En Sajazarra, con el apoyo decidido y constante del Gobierno de La Rioja, se han producido a lo largo de estos veinte años obras maravillosas que se han convertido en patrimonio de todos. Algunas se han quedado en Sajazarra y otras hemos podido verlas de nuevo en numerosas ocasiones en esos museos y galerías de los que hablábamos, como estoy convencido que debe ser, pero estoy se-



Sebastián Fabra delante de parte de su obra *Antesala del lenguaje* en 2005.



guro de que durante unos días, los días que habitaron Sajazarra, evitamos que el hecho artístico se produzca solo en esos lugares y logramos que una parte de nosotros viaje junto a ellas, allá por donde vayan, y que parte de esas obras se haya quedado a su vez junto a nosotros para siempre.

Para mí ha sido un placer convivir con todos los artistas que nos han regalado su quehacer y compartir sus momentos de creación, pero el placer ha sido mayor todavía al compartirlos con todos cuantos habéis visitado Sajazarra para saborearlos juntos durante estos años.

Espero que durante estas veinte ediciones a todos nos haya conmovido intelectualmente el conocer las obras y a los artistas que las han generado de esta manera en los Encuentros de Arte de Sajazarra. Entender su forma de trabajar, colaborar con ellos en la gestación de su obra y poder contemplarla a una distancia tan corta seguro que nos ha tenido que afectar para bien. Imagino que hemos cambiado algo, que nos hemos sentido más cercanos, creciendo gracias a compartir estos momentos en Sajazarra, y me gusta pensar, finalmente, que al pueblo le ha afectado también en alguna medida, porque confío plenamente en la fuerza humana del arte e igualmente en la energía de la gente que cree en una idea y se esfuerza cada año para que vuelva a ocurrir una y otra vez, y otra vez más, para ir cambiando de esta forma los espacios que habitamos.

Por fin las nubes se han levantado en Briñas, los pájaros parecen haberse calmado y, finalmente, lucirá el sol otro día de otoño en La Rioja.



Mateo Maté con la bandera creada como parte de su obra en los Encuentros de 2009.



CITA CON EL ARTE

CARLOS ROSALES



Pamen Pereira realizando una de las instalaciones de su obra *Un solo sabor* en 2003.



Perejaume dirigiendo el vídeo *Cerro del Otero* realizado para los Encuentros de 2004.



CITA CON EL ARTE

CARLOS ROSALES



Félix Reyes trabajando en la escultura realizada para Sajazarra en 2008.